

Alberto Insúa, Impresiones en un aniversario
(*La Voz*, 30-I-1929; reimpr. en *Repertorio Americano. Semanario de Cultura
Hispánica*, nº 17, 4-V-1929, p. 265)

Algunos recuerdos de Blasco Ibáñez en el primer aniversario de su muerte.

Cuando lo conocí —en 1904, era yo estudiante— vivía entre Madrid y Valencia. Valencia: la «Malvarrosa»; Madrid: un hotelito, muy simple, en la calle de Salas, a quince o veinte metros de la Castellana. Blasco poseía una barba negra y lustrosa, un pelo ondulado y un armónium con que satisfacía su pasión por la música: Wagner y Beethoven... Su despacho era espacioso. En lo alto de las paredes, unos grandes bocetos de Sorolla, al carbón. Aquí y allá, retratos: de Zola, de Hugo, de Wagner... Siempre Wagner. Uno de sus hijos se llamaba Sigfrido.

La mesa en que Blasco escribía era muy grande, sin adornos, con unos casilleros a los lados. Una tarde vi sobre la mesa un bloque de cuartillas, de unos veinte centímetros de altura. Un manuscrito. No sé si el de *La bodega* o el de *La horda*. Recuerdo, sí, que, señalando a la montañita de papel, el escritor me dijo:

—Esta es una larva de novela. Yo pongo en las cuartillas lo que se me ocurre, conforme sale, y después, en las pruebas... Y en definitiva lo mejor es casi siempre lo más espontáneo...

Un procedimiento y una opinión. Pero yo no discutía con Blasco. Era demasiado joven y «estaba» en discípulo.

Tenía en sus estantes los primeros libros de Baroja. Y no hablaba mal de Baroja... Se mofaba —no mucho— de don Benito. Rivalidades. A cierta grande escritora le llamaba «Doña Salambó».

Solíamos coincidir en su despacho Pedro González Blanco, Rafael Urbano, José Francés y el firmante. Nos daba libros a traducir para su editorial de Valencia. Nos decía:

—Esa casa la fundamos Sempere y yo, cada uno con un billete de mil pesetas.

Iba a retirarse de la política activa. Más concretamente: del Parlamento. Decíame al hablar de sus luchas con Soriano y de sus duelos.

—Estoy cansado de tanta pequeñez. Lo de Soriano me ha hecho sufrir. Pero yo sufro poco... Me basta con acostarme en la playa de la Malvarrosa, mirar al cielo, y se borra el dolor...

González Blanco, Urbano y yo lo acompañamos en sus correrías por los suburbios de Madrid para «documentarse». Iba a escribir *La horda* y *La maja desnuda*, sus novelas madrileñas.

Aquellas excursiones terminaban en una cervecería de la plaza de Santa Ana. Un bocadillo y un doble para cada uno. Blasco escogía aquel momento para hablarnos de sus amores. ¡Y con qué naturalismo!

Algo más tarde fundó La Novela Ilustrada, origen de todas las publicaciones económicas que hoy pululan. Blasco monopolizó el despacho de la gran imprenta de Ricardo Fe, sita en los alrededores de Antón Martín. Él mismo revisaba las pruebas. La Novela Ilustrada «resultó», y, con su yerno, Fernando Llorca, Blasco puso librería y centro editorial en la calle de Mesonero Romanos, frente al antiguo *Imparcial*. Hizo empapelar una habitación de azul Prusia, colgó los retratos de Zola, de Tolstoi y de Wagner, y allí recibía y escribía.

También por entonces había fundado, con Galdós y Morote, *La República de las Letras*. No había dinero. No se pagaban los artículos. *La República* la hacíamos entre Blasco, González Blanco y yo... No era un cenáculo, sino una verdadera República... Allí se publicaron los primeros versos de Unamuno. Y todos los que mandaba Rubén Darío. La crítica literaria corría a cargo de Andresito González Blanco, más abundante que Luis Morote,

Blasco Ibáñez se marchó a la Argentina. Volví a verlo en París, triunfador. Llegaba —como un Simbad el Marino— con ricas pieles, con preciosas plumas. Y con sus planes de Nueva Valencia. Alquiló un piso amueblado, muy lujoso, en la rue de Suresnes. Se hacía elegante. Y era oficial de la Legión de Honor. Otra vez a la Argentina. Y el retorno definitivo, malogrados sus proyectos de colonizador. Pero con alguna plata... Porque en 1913 se instalaba en Passy, en un bello hotel, que decoró con bustos, estatuas y tapices... La antesala del paraíso de Menton.

La guerra. Blasco, apurado, tuvo que deshacerse de su hotel. Imposible regresar a la Argentina. Instalose modestamente en un piso del barrio de Ternes. Comenzó la

Historia de la Gran Guerra. Iba al frente, consultaba planos, recibía informes del Quai d'Orsai. Era comendador de la Legión de Honor, y viajaba en el metropolitano en segunda... Trabajaba doce, catorce horas diarias. Esta época de un Blasco casi pobre, de un Blasco luchando con los acreedores, como Balzac, constituye el término de nuestra amistad. Nos veíamos mucho en aquel París bélico y doliente. Nos citamos con frecuencia para cenar en restaurantes italianos, y a veces en módico Duval.. Entrábamos en los cines. Pero, en lugar de ver las películas, hablábamos de España y... de Gómez Carrillo. Mal. «¡Es demasiado mentiroso!», me decía Blasco. Y Carrillo me decía de él: «¡Es tan fantástico!». Se estorbaban el uno al otro. Los dos querían ser la pluma española que triunfase en París. La de Blasco —por *Los cuatro jinetes*— triunfó en el mundo.

El éxito universal. Los miles de dólares. Perdí de vista a Blasco. No fui nunca a verlo a Menton. Me daba una impresión desagradable de *parvenu*¹. Prefería al Blasco «casi pobre», balzaciano, con sus apuros económicos y sus doce, sus catorce horas de labor literaria. Yo no podía alternar con él. Se había afeitado la barba. Un bigotito a lo yanqui. Gran Cruz de la Legión de Honor. Automóviles. Pero ruptura no hubo. Quizá le deba yo a Blasco el mejor consejo, el más leal, el más generoso que me hayan dado en mi vida. Y fue en 1920, en aquella famosa Maison de la Presse, donde eran funcionarios Taloux, Girandoux, Breal, Paul Morand... Me encontré a Blasco, hecho un *dandy*, en la escalera. Me detuvo. Y me dijo:

—¿Qué hace usted aquí? Ya está perdiendo el tiempo... Vuélvase a España a escribir novelas. Con la paz Francia ha vuelto a ser de los franceses...

Le comprendí. Le obedecí. Y no me arrepiento... En resumen: al evocar la figura de Blasco puede más en mí el cariño que la crítica. Yo quise a aquel hombre. Y él me correspondió. ¿Qué pueden importar ahora mis opiniones y distingos sobre su obra? En bloque es soberbia. Y resistirá al tiempo y a las lenguas de algunos de sus contemporáneos. Como la de Zola, la de Tolstoi, la de Galdós.

¹ Advenedizo.